

Relato corto

Sentir antes de morir

Isabel Bielsa Rodríguez

Enfermera Hospital Universitario de Guadalajara
Autor correspondencia: hibiscus7173@gmail.com

Otro amanecer avanza dejando atrás las interminables horas de la noche. Poco a poco una cortina de luz formada por la hilera de rayos de sol que atraviesan cada pequeña ranura de la persiana bajada, me obliga a entrecerrar los párpados. Mis pupilas aún dilatadas inician su contracción. Han transcurrido ya dieciocho días desde mi ingreso y continúo postrado en la cama, mi salud apenas ha mejorado y sólo el hecho de pensar que pronto llegarán las auxiliares a asearme y a ofrecermé sus sonrisas junto con sus palabras de buenos días me motiva para mantenerme alerta. Me gusta la sensación de recibir un halo de aire fresco alrededor de la cama generado por la puerta abierta y el olor a recién duchadas que desprenden.

Durante esos primeros minutos de su compañía, siento como mis células reaccionan y se excitan al pensar que es ahora el momento en que sentiré que mi cuerpo aún sigue vivo. Preparan los útiles y comienzan a moverme, girándome cuidadosamente hacia un lado y al otro de la cama para que todos los poros de mi piel sientan el contacto con el agua, activen mi circulación con la suave fricción de la esponja y sentir el bienestar posterior seguido por un suave aroma que me envuelve alejando el hedor que emana de mis úlceras y su podredumbre.

Se ha abierto la puerta de la habitación bruscamente, ella entra generando un pequeño vendaval sobre mis sábanas, he podido sentir la corriente de aire en mi cara.

—Perdón, pensé que ya estabas lavado, volveré en seguida.

Apenas han pasado diez minutos cuando ha vuelto a entrar, sus ojos se han clavado en los míos, un hormigueo recorre mi estómago como si una mariposa estuviera revoloteando en él. Es Estela, cuántos años han pasado quince, veinte... sigue igual. Esta preciosa vestida de blanco, y yo con este cuerpo deslucido, como escombros sobre una cama. Me gustaría taparme y esconderme bajo las sábanas, pero sólo mi cabeza puede cambiar de posición. Es mi enfermera, ella me cura con gran paciencia esas heridas que me van devorando día a día, apenas tengo fuerza para agradeceré, pero ella lo sabe. Siempre está ahí, mi corazón palpita una y otra vez esperando su entrada en la habitación, se sienta conmigo, me habla, me acaricia, se quita los guantes para ello. Su tacto y su calor me hacen sentir persona.

—Hola Tomás, ¿cómo ha ido la noche?

—No sé qué contestarte. Tuve una extraña experiencia.

—¿Rara?

—Sí. Había pasado ya un rato desde que tu compañera Alicia me puso la última bolsita, cuando tras la puerta de la habitación pude observar una mancha oscura y amorfa que se movía. Al principio pensé que la medicación me estaba jugando una mala pasada y era mi mente que imaginaba ver cosas donde la cortina hacía sombras, pero...

—¿Pero?

—Era real, ascendía por la pared como una babosa, despacio, extendiéndose y encogiéndose. Cerré y abrí mis ojos varias veces, pero seguía su camino hacia arriba, poco a poco llegó al techo y en ese momento su apariencia varió. Tomó la forma de una gran mariposa negra, aterciopelada y brillante. Podía distinguir sus patas, cubiertas por pequeños pelillos rígidos. Sus antenas que se movían

incesantemente y unos ojos blancos, centelleantes que me miraban fijamente cuando llegó a la altura de la cama. Mi cuerpo comenzó a humedecerse, sentí como las sábanas se volvían pegajosas y un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Mis ojos no podían parar de mirar a aquél animal. Sentí como el borde de su ala rozaba mi nariz y la tiznaba con un polvo gris al mismo tiempo que se me quedaba fría, deseaba alcanzar el timbre, pero mis brazos, como siempre, eran incapaces de elevarse. Quería gritar, necesitaba llamar a mi enfermera nocturna, pero era incapaz, mis cuerdas vocales no conseguían vibrar. Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos que se mantenían extremadamente abiertos y a deslizarse por el rostro y, en ese momento, entró Alicia. Con su pelo ensortijado y revuelto. Oí su voz aguda,

—¡Tomás! ¿Estás bien? He sentido que me necesitabas, me has llamado.

—¿Cómo? Si sabes que no alcanzo porque mis brazos no responden a las órdenes de mi cerebro.

Era su sexto sentido. Ese que sólo las enfermeras tienen. Saben cuándo se las necesita, detectan todas las situaciones sin que se les diga. Ese buen hacer, esa empatía que las hace sentir lo que nosotros sentimos le había indicado que algo extraño me estaba ocurriendo.

—Estela, te has quedado sin habla, da la impresión que te hubiese asustado mi experiencia nocturna.

—No es nada, no te preocupes.

Junto con Marina, la auxiliar que siempre acompañaba a Estela comenzó a girarme suavemente hacia la puerta de la habitación dejando al descubierto mis nalgas. Destapó el apósito de mi úlcera sacra y pude oír un sonido similar a un carraspeo seguido por una tos entrecortada... Marina salió del cuarto regresando a los pocos segundos con dos mascarillas. La hediondez inundó la atmósfera de la habitación. No tenía que decirme nada, ya pude imaginar la mala evolución de mis heridas. La muerte había iniciado su andadura por mi cuerpo dejando sus signos visibles en la parte más externa de mi ser.

Hacía ya rato que estaban hurgándome y yo no sentía nada, ni dolor ni malestar. Mis capas profundas debían de estar muy deterioradas para que mi sensibilidad no me transmitiera ningún impulso nervioso hasta el cerebro.

Nunca me asustó la muerte, pero sí que esta pudiera llegarme junto a sufrimiento y un deterioro consciente de mi persona. Esto era lo que el cuerpo médico y sus residentes no integraban en sus cerebros, la muerte no es un fracaso de su atención pero sí el alargar el sufrimiento cuando el resultado final es inevitable, la enfermería con su humanidad era algo que hacía décadas tenía claro. Mis días se iban sucediendo uno tras otro restándose del total que me quedaba por vivir.

—Estela, ¿a qué hora pasará hoy la doctora?

—Ya sabes la respuesta. A lo largo de la mañana.

—No quiero seguir viviendo. Sabéis, al igual que yo el pronóstico de mi enfermedad, es cuestión de poco tiempo. Cuando ingresé, fuiste tú quien me explicó el significado de enfermedad terminal, la información que me habían dado hasta el momento era vaga al respecto. Siempre dejando una puerta abierta a la esperanza. Una esperanza que no es real pues no la hay. Gracias a vuestra forma de entablar las relaciones interpersonales y de comunicación pude ser consciente de mi realidad. Me habéis tratado con un cariño que nunca pude imaginar.

—¡Calla! ¡No sigas pues se me está enturbiando la vista y se me va a escapar el bisturí!

La cura terminó, la puerta tuvo que permanecer abierta durante el resto de la mañana para que poco a poco se fuese atenuando el olor fétido que flotaba en el cuarto. Mi espera a la doctora se hacía eterna, el transcurrir del tiempo parecía haberse ralentizado más de lo que es habitual en un ingreso hospitalario.

Mi experiencia nocturna había sido una visita anticipada de la muerte, había venido a inspeccionar mi estado para decidir el momento adecuado para arrastrarme a la oscuridad junto a ella. Pero no la

dejaría elegir el momento, mi vida era mía, así como el momento de elegir mi muerte. Yo, y solo yo disponía del don de elegir cuándo y en compañía de quien quería estar mientras me sumiera en el sueño profundo. Pues era así como la quería recibir, en un estado de total relajación, sin dolor, sin sufrimiento.

Nuevamente comenzó a dibujarse una sombra en la pared, aparecía por detrás de la taquilla junto a la ventana e iba extendiéndose despacio, muy lentamente hacia el techo. Esta vez su forma asemejaba a un murciélago. Orejas puntiagudas y un goteo incesante caía desde sus colmillos, una sustancia transparente y pegajosa. Avanzaba hacia mí, pero se iba despegando de la pared, su cuerpo se iba haciendo más curvo y redondo, mi respiración se aceleraba al tiempo que la proximidad a ese animal era mayor. Mi corazón también palpitaba como si fuese a saltar fuera de mi pecho y entonces un calor muy agradable surgió desde el centro del tórax extendiéndose por todas las células de mi ser, agité mi cabeza a ambos lados hasta que mis ojos se abrieron y ahí estaba Estela. Era su mano la que había generado el punto de calor sobre mí y me había transmitido la tranquilidad necesaria para poder salir de mi pesadilla. Su sonrisa y su mirada me relajaron de inmediato. Siempre ahí, siempre pendiente de sus pacientes, durante la vigilia y durante el sueño.

Apoyada en el marco de la puerta de la habitación, estaba mi doctora. Con un archivador negro entre sus manos apoyado sobre su vientre. Analizando la imagen que tenía delante como si de una fotografía se tratase. En sus ojos negros brillantes se reflejaba la luz de la ventana. Caminó hacia la cama y se sentó al borde con su cuerpo girado hacia el cabecero.

—Buenos días Tomás. He estado leyendo las anotaciones de Estela en tu historia.

—Entonces, imagino que has visto que he vuelto a decir que no quiero seguir viviendo así. Que no quiero que sea este sufrimiento el último recuerdo que tenga sobre mi vida en este planeta.

—Sí, lo he leído. ¿Y cómo te gustaría que terminara ese sentir?

—Dormido y relajado. En compañía de la persona que siempre estuvo en mi mente a lo largo de mi vida. Quiero que me sedéis y que lo haga Estela. La muerte ya me ha visitado en dos ocasiones disfrazada de seres diferentes. Mi cuerpo ya no responde. Me estoy descomponiendo en vida por mis úlceras y el dolor físico y psíquico que me acompañan día a día es insufrible. Ha llegado el momento.

Su mano se ha entrelazado con la mía y ha entornado sus ojos. Su barbilla ha descendido hacia su tórax en un ligero movimiento volviendo a su posición habitual. No me ha dicho más y se ha levantado de la cama dirigiéndose hacia el control. Volverá, pues su carpeta anillada ha quedado sobre mis piernas.

¿Dónde está? ¿Dónde ha ido? unas pisadas de cuatro pies se van acercando, cada vez las oigo más cerca... Estela aparece por la puerta con los ojos enrojecidos e inundados de lágrimas. Trae una bomba de perfusión entre sus manos y una jeringa con algo en su interior. Tras ella, mi doctora con una bolsa de suero mayor con varias líneas escritas en negro en uno de sus laterales.

Suspiro profundamente, ha llegado el momento de iniciar un viaje sin retorno. Es la primera vez en la que no volveré tras una estancia fuera de casa. Pero lo necesito, es así como quiero terminar.

Estela monta el suero y el sistema en la bomba y la programa. Al terminar se dirige hacia mí mientras sus ojos parecen cascados de agua cristalina, me da un dulce beso en la mejilla. Sus manos se dirigen hacia mi antebrazo derecho en el que tengo canalizado el catéter e introduce lentamente el contenido de la jeringa en mis venas. Sus labios se mueven lentamente con una marcada vocalización en la que puedo leer Te quiero y siempre te he amado, descansa. Puedes partir tranquilo... Un dulce sueño comienza a invadirme, el dolor se va difuminando paulatinamente y el poco calor que mantenía mi cuerpo se va volviendo más intenso, pero en menor superficie, sobre mi corazón. Siento el roce de su piel sobre la mía que también se va haciendo más lejana...

¡PLAS! ¡PLAS! ¡PLAS! el sonido de una regla de madera golpeando cerca, sobre mi mesa me sobresalta.

—¡Señor Martínez, bonito ejemplo está dando usted en el aula!

He abierto mis ojos repentinamente y desde la comisura de mi boca se desliza una baba espesa y blanquecina sobre mis manos. Puedo ver a mi derecha una figura masculina vestida de negro. Elevo mi mirada a lo largo de su cuerpo hasta que diviso un alzacuello blanco seguido de una piel lechosa con manchas de la edad sobre ella. Estoy aturdido...

Delante de mí hay dos filas de pupitres y en frente, ante el encerado está Estela sonriente.

Ahora lo recuerdo, estamos exponiendo en el instituto los estudios que queremos realizar en un futuro. Estela me comentó hace tiempo que quería estudiar Enfermería como ya hizo su madre veinte años atrás y hoy, era la fecha en que ella lo haría.

Primer Premio del Concurso de Relatos "50 Aniversario Enfermería Guadalajara"



© 2019 por los autores; Esta obra está sujeta a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.